

Iztueta y Rentería

por LUIS MICHELENA

Este año, cuando preparaba una conferencia de mal recuerdo para mí, y de peor aún para bastantes renterianos —menos para quien, adormecido por mis palabras, supo buscarse un reposo bien ganado—, recordé, al revolver papeles viejos y nuevos, las frecuentes menciones que a Rentería dedica un escritor más conocido por la fama que por la lectura de sus obras, como suelen serlo los clásicos. Hablo de Juan Ignacio de Iztueta, en su *Guipuzcoaco Provinciaren Condaira* (1847).

Iztueta, nacido en Zaldivia en 1767 y muerto en su pueblo natal en 1845, tuvo su cara y su cruz, como las monedas y como los hombres. El venerable patriarca, celoso custodio de la pureza de nuestros bailes, que cerró dichoso los ojos al igual que Epaminondas al saber que sus muchachos, los *dantzaris* que preparaba, habían triunfado en Mondragón, estuvo preso bastantes años en su hirviente mocedad, circunstancia que le empareja con algunos grandes escritores y con otros muchos que no lo son. Lo que le singulariza es que, según malas lenguas, había sido antes bandolero y saltador de caminos, al estilo de Dick Turpin y de Diego Corrientes.

Por desgracia para los que sentimos un interés barojiano por las biografías nada ejemplares, sólo queda un vago rumor de todo esto. De su inclinación —muy natural— a las buenas mozas, para emplear la expresión de un contemporáneo, nos ha llegado al menos un eco vivo en las apasionadas estrofas que escribió a la azpeitiana Kontxesi, de prisión a prisión o de celda a celda.

Este y otros amores, que en su día —cuando las circunstancias lo permitieron— fueron debidamente legalizados y santificados, quedaron olvidados y suplantados, al menos en

Continuación de "Emigraciones prósperas"

duda, al gran poder de absorción que tienen Madrid y Barcelona.

Por otra parte, en todo el mundo existen unas tremendas corrientes de unificación en los más diversos aspectos vitales. Trajes, comidas, músicas, bailes y mil motivos más, nos han igualado a los hombres de los cinco continentes más que toda clase de propagandas.

Por muy amante de la tierra que sea un «errikosheme», no creo que pretenda que vayamos por la calle con abarcas de cuero, «txamarra» y silbando una canción vasca. Hoy, lo mismo viste una chica de Régil que una de Nueva York, y van tarareando por la calle las mismas canciones. Guste o no guste, esta es la realidad y hay que acomodarse a ella.

En el proceso de adaptación del inmigrante tenemos que poner tanto ellos como nosotros.

Creo que es cuestión de buena voluntad y de un poco de caridad cristiana. La convivencia no sólo es posible, sino que debe ser perfecta.

No debemos hablar despectivamente del traje de pana. Debemos considerar que este acanalado tejido representa, por regla general, un muy bajo nivel de vida, y que quien llevándolo llega a nuestras tierras, es porque desea cambiarlo por uno de tergal.

Debemos considerar que nosotros tampoco viviríamos gustosos en un ambiente como el que existe de donde aquéllos vienen. Si el movimiento se demuestra andando, la caridad cristiana se demuestra abrazando.

JOSE MARIA BUSCA ISASI

sus escritos, por una única y devoradora pasión hacia Guipúzcoa y los guipuzcoanos, presentes y pretéritos. Y a Rentería, por estar enclavada dentro de la provincia adorada, le toca su parte alicuota, generosamente medida, en la pasión y en el panegírico.

Será mejor cederle la palabra, ya que la prosa vasca de Iztueta, con toda su redundancia, bien vale la mía castellana. Oigamos primero lo que tiene que decirnos de los mármoles de Artxipi:

«Artxipi deiteen zaion mendi Errenteriacoa dago arrobi bat, nabarri ederra ugari ematen debala; ceñetatic aterataco arriaquin eguiña arquitcen dan Erri bereco Elizan dagoen Aldare nagusico Erretabloa. Eguitade icusgarri au eguin izan ceban Don Francisco Asurmendi Guipuzcoatarrac, icen andico Don Ventura Rodriguez-en buruz; eta azquenengo apaindura eman izan cion, edergarri ascorequin, Don Alonso Bergaz maisu andi San Fernandococ.»

Las minas de Rentería no gozan de especial renombre, que yo sepa, pero para Iztueta nuestro mineral de hierro bien se merece una mención especial:

«Errenteriacoc mendi mendi badira meatzeac burni gaia ugari ematen dabeenac: oen artean icendatuena dira Arbitarte, Urleta, Oberan, Suerrin, eta Garosteguicoa, ceinzuc dauden Gabiolarequin Yanci bitartean.»

Al llegar a las aguas, el entusiasmo de Iztueta se desborda, no sin razón probablemente. Por fortuna no pudo prever la situación en que, con el aumento de la población, nos habíamos de encontrar algo más de cien años después:

«Errenteriacoc erriac badauzca iru iturri eroso chit, ura naroro ematen dutenac inguru guztico gendea naiara orni-dutzeco laina ta gueiago. Erri onetaco Jaun prestuac izanic bertaco biztanle-en onari amodiozco naitasunarequin beguiratzen diotenac, iturri oequin ifini dute Erriaren sarreraco plaza andian, Azpeitico garbiqueralecu ospatsuren idurin berpereco equida [= edificio] beguitango eder icusgarria chit. Mugape onetaco mendi guztic dira iturritz josiac; eta bere-tatic ishurten diraden urac eguiñerazten dituzte bost erreca, ceintzuc deitzen diran Pontica, Monjaetacoa, Uchaleta, Arbitarte, eta Pundibandietta.»

En el capítulo de los bosques, Rentería cierra la enumeración de los pueblos de Guipúzcoa, pero no porque sea el menor de ellos, sino precisamente porque puede coronarlos dignamente. Y aquí Iztueta no habla por su boca, sino por la de un testigo de excepción, el primer artífice de la reconstrucción de San Sebastián:

«Don Pedro Manuel Ugartemendia-co Maisu andi jaquin-tsuac, beimbatean Guipuzcoaco basoaz itzeguiten bioc gueundela contatu cidan, ecic, nola bere eguinquizon baten bidez izan ceban milla zortzi eun eta amalagarren urtean, Errenteriacoc Erriaren basoetara joan bearra; eta beretan arquite cituela, orduraño iñon ere icusi ez bezalaco zugaztiac. Beragaitic, edertasun aña zoragarriari beguiratu izan ciola arreta andiarequin chit gogoz, eta bere iritizan bacerizquiola, baso aetan arquite cituen zuaitz eldutaocoquin bacarric eguin citezqueala zortzi eun ontzi andienetacoac.»

Sería cosa de oír lo que nos diría hoy Iztueta, enamorado contemplador de la feliz vida de los pastores desde su menos bucólico oficio de publicano —alias, cobrador de impuestos—, acerca de los bosques de Guipúzcoa en general y de los de Rentería en particular. Preferiría, sin duda, volver sin pérdida de tiempo al sosiego de la tumba. Yo mismo, que no puedo compararme a él en admiración al pasado, tengo prisa en poner el punto final a estas líneas para pensar en algún tema menos lúgubre.